

Meditación del día COMENTARIO A LC 24, 15-35

Martes 16/7

Lc 24 15-18 : *Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. El les dijo: «¿Qué comentaban por el camino?». Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!».*

Introducción

Buenos días, queridos y queridas, ¡buenos días a todos!

Pensad en la suerte que tenemos de estar aquí. Qué gran privilegio es poder quedarnos unos días sin otro pensamiento que el de sumergirnos en el Evangelio: entrar a fondo en la palabra de Dios.

Fuera hay un mundo ajetreado que pasa a toda prisa. Unos por el trabajo, otros por las vacaciones, otros por las tareas constantes... en una persecución constante hacia un tiempo que huye, hacia una felicidad que no se alcanza...

Por unos días aquí pararemos el tiempo. Viviremos en un tiempo dilatado. No tendremos que correr, no tendremos ansiedad. No caminaremos hacia delante, sino que descenderemos a las profundidades. Nos quedaremos quietos en una silla, pero emprenderemos un viaje emocionante, lleno de descubrimientos. Una exploración dentro del Evangelio y dentro de nosotros mismos.

Y saldremos transformados, porque el contacto con la palabra del Señor renueva la vida.

Cada día se nos ofrecerán trocitos de Evangelio, unos versículos, pequeñas migajas que saborearemos con calma, para redescubrir cuánta riqueza de sabor y aroma hay en un bocado de Evangelio saboreado juntos.

No tengo ninguna competencia oficial para guiaros por este camino. No soy ni sacerdote ni monja, ni siquiera especialista en la Biblia. Y no sé por qué me han elegido los muy buenos y amables organizadores de esta magnífica conferencia. ¿Quizás porque soy un enamorado del Evangelio?

Sólo puedo asegurarles esto: que cada palabra que les voy a decir está encarnada en mi vida, es la palabra del Evangelio puesta a prueba en mi vida, en sus momentos más dolorosos y también en los más alegres.

La palabra del evangelio es una palabra que nunca me ha fallado, que me ha transformado y me sigue transformando. Fuerza de vida que siempre nos renueva.

La tarea que se me ha encomendado es exigente, pues me piden no sólo que comente los versículos de Lucas relativos a los discípulos de Emaús después de la pasión y muerte de Jesús, sino también que los relacione con la liturgia eucarística.

Intentaré, pues, acompañaros cada día por tres caminos, que se entrecruzarán libremente, sin esquemas fijos y rígidos, porque no me gusta ser didáctico. El Evangelio es vida y la vida necesita moverse libremente.

Los caminos por los que nos encaminaremos son estos:

1. Revivir la experiencia de los dos discípulos de Emaús, gracias a una narración que nos lleva a identificarnos con ellos.
2. Observar atentamente el comportamiento de Jesús, qué palabras y gestos elige, qué tienen que decirnos ahora.
3. Conectar los pasajes evangélicos con la liturgia eucarística, con las partes que la componen.

El objetivo es tener una experiencia interior transformadora. Hacernos trabajar por las manos del Señor. Ser impulsados por el soplo de su Espíritu a abrirnos, a renovarnos.

Sentir que su palabra es para nosotros lo que la primavera es para los prados, prados que reverdecen, brotan, florecen.

Hacerlo todos juntos, aquí, con tanta gente, es algo absolutamente excepcional, me emociona tanto. Pensad: aquí somos miles de corazones que se preparan juntos para dejarse conmover por la palabra de Dios.

Aquí nos deseo a todos, con todo mi afecto, que nuestros corazones ardan, que Jesús nos reencienda, reencienda la llama de nuestra fe. ¡Pensad cuánto calor podemos desprender todos juntos!!

Comentario

Los discípulos de Emaús: los exégetas explican que pudo tratarse de dos amigos o tal vez de una pareja. Camino con ellos y escucho su dolor.

No pensamos con suficiente frecuencia en un hecho que es la realidad básica de la fe cristiana: nace de un trauma, el más terrible que han vivido los creyentes de todos los credos, la cruz.

El trauma inconcebible: Dios dejándose matar. Junto con Jesús, muere en la cruz el sueño de una humanidad redimida, curada, un sueño de fraternidad y amor universal, el sueño de los sueños. Una gran causa, aniquilada en unas horas de interrogatorio, tortura y ejecución despiadada.

Había una pequeña comunidad de discípulos que se había formado en torno a aquel sueño, una comunidad vibrante, aunque no exenta, en su seno, de incomprendimientos y conflictos.

Aquellas mujeres y aquellos hombres habían tenido que presenciar la violación de su esperanza. Habían sido testigos de la violencia desatada contra un inocente con ojos tan claros y buenos como los de un niño.

Un poder fuerte y arrogante había escupido sobre el rostro de Jesús, sobre el rostro de un hombre que mostraba el verdadero rostro de la humanidad.

Y luego la sangre de sus dulces manos, de sus pies clavados en el madero, esas manos que con tanto amor habían cuidado y acariciado, esos pies incansables siempre en camino para llevar una palabra de vida, un abrazo de amor incluso a los más alejados y marginados.

Los amigos de Jesús tienen todo esto en los ojos y en el corazón: el horror y el dolor indecible impresos en su memoria con letras indelebles de color rojo sangre. Y sienten el vacío, temible como un abismo, de la ausencia de Jesús.

Aturdidos, desorientados, asustados, los discípulos se dispersan o se encierran en sí mismos.



El espacio se ha reducido a su alrededor, en la medida de sus temores y decepciones. Los amplios espacios a los que les había acostumbrado el Rabí de Galilea, que recorría tierra y cielo a lomos de un asno, no son más que un recuerdo.

Su geografía del corazón se ha vuelto repentinamente estrecha y, en consecuencia, su inteligencia de la realidad también se ha encogido.

De una meta que parecía cercana -ese reino de Dios prometido por Él- se encuentran arrojados de nuevo a las profundidades incomprensibles y oscuras de quienes, habiendo zarpado a mar abierto con el entusiasmo de la más hermosa aventura, han sentido que la barca se desmoronaba bajo sus pies.

Los dos hombres de Emaús son dos náufragos a la deriva, ya no tienen rumbo. Y sienten que su vida ya no tiene sentido.

Habían cultivado un sueño durante aquellos tres años con Jesús, que había hecho volar sus deseos. Aquel rabino de manos callosas, sencillo y misterioso a la vez, había encendido en ellos aquel sueño maravilloso: en lugar de esta triste historia nuestra, que parece repetirse siempre igual - una historia de violencia y abusos, de esclavos y amos-, Jesús les había abierto de par en par horizontes de nuevos cielos y nuevas tierras.

Había prometido un reino de amor, un lugar donde el rostro de cada persona es tan claro como el de un niño, y la mano no esconde ningún aguijón.

Una humanidad curada, un jardín donde la vida florece y madura, se da a sí misma, sin enemigos...

Los que habían seguido a Jesús le habían creído, porque le habían visto obrar. Había visto a enfermos curados, a pobres criaturas sufrientes, oprimidas en cuerpo y espíritu, retomar el camino de la vida, hechas de nuevo. Había visto a prostitutas endurecidas por el cinismo volver al llanto y al amor de verdad. Había visto a pecadores empedernidos, acaparadores de dinero, dejarlo todo y entregarse a una misión peligrosa, la del rabino de Galilea perseguido por los fariseos. Había oído a criminales en el patíbulo pronunciar palabras de ternura... ¡Y a muertos volver a la vida!

Le habían creído divino aquel hombre, tan capaz era de amar y de dar vida: hijo del hombre e hijo de Dios.

Pero entonces este hombre-Dios, profeta poderoso, que curaba a los moribundos y resucitaba a los muertos, ¡había sido asesinado! Manos humanas le habían golpeado. Igual que se golpea a cualquier otra pobre vida humana, del mismo modo Jesús había sido torturado, herido, azotado, asesinado.

El poder lo había juzgado, un rechazado, un hombre al que había que eliminar.

Los discípulos habían huido, habían tenido miedo, todo era demasiado grande para ellos y demasiado imprevisiblemente desconcertante.

El mundo se derrumbó sobre ellos. El suelo desapareció bajo sus pies. Una caída hacia lo desconocido.

No se sale indemne de un trauma de esta magnitud. Me los imagino conmocionados, los discípulos de Emaús, caminando juntos para darse ánimos y llenar el silencio con palabras, con historias repetidas continuamente y preguntas sin respuesta, por miedo al silencio, por miedo a quedarse solos ante aquel vacío, aquel abismo.

Venían de Jerusalén. Lejos, ¡escapad de ese lugar maldito! Lejos, ¡abandonar allí los escombros del sueño, los castillos en el aire!



Partir, volver atrás, encogerse a la medida de lo cotidiano, dejarse llevar por los pequeños deseos de cada día: más pan, menos fatiga, un poco más de bienestar... Y tal vez, quién sabe, esperar un vuelco político, pero nada más.

Qué terrible es el dolor de perder los sueños. Qué terrible es darse cuenta de que las esperanzas no se realizan, de que el amor muere.

Qué cruel es el golpe en el corazón cuando por enésima vez vemos que fue el desamor, la soberbia, la injusticia lo que venció.

Te sientes perdido, solo. Y te gustaría arremeter contra alguien, contra un enemigo, pero te das cuenta de que la decepción, la derrota también es tuya, tú mismo te has defraudado, tú mismo te sientes perdedor.

Y te das cuenta de que no te quieres, de que te desprecias, de que te preguntas si tu vida tiene sentido.

Jesús entra en nuestras vidas en días como estos, mientras recorremos caminos regresivos de vuelta a un Emaús que es para nosotros el lugar de la no esperanza, el lugar del desencanto, del llamado "realismo".

El lugar al que vamos sabiendo que allí no ocurrirá nada nuevo y que tendremos que aceptar el mundo tal como es y conformarnos con él y no soñar más.

Ya no queremos levantar los ojos, mirar hacia arriba, soñar a lo grande, porque todo se ha derrumbado y se nos ha venido encima.

La vida volverá al traajín habitual y desplazaremos nuestros deseos a las cosas pequeñas, miraremos hacia abajo, para no sentirnos desesperados.

Los discípulos de Jesús: siento que esos dos son parecidos a mí.

Parecidos, porque pisan las mismas huellas de mis derrotas, de mis desilusiones, de mi desesperación.

Parecidos, porque descienden por los mismos valles oscuros, se adentran en las mismas noches donde parece que no hay ni un hilo de luz amiga que te dé valor. Sólo oscuridad y tristeza, tinieblas y miedo. Nada más.

Y no ves la hora de llegar a casa, de cerrar la puerta tras de ti y defenderte de la vida, de sus terribles ataques.

Pero algo sucede, un encuentro inesperado y aparentemente casual. En su camino de decepción, los discípulos de Emaús se encuentran con un extraño, al que nunca habían visto..

Las primeras palabras de Jesús son una pregunta: *¿Qué son esas conversaciones que mantenéis entre vosotros por el camino?*

Escucha qué delicadeza y también qué ironía en esta pregunta de Jesús, que finge no saber nada de nada, como si fuera un forastero venido de quién sabe dónde. Y la respuesta de los dos, en efecto, es: *¡Sólo tú eres forastero en Jerusalén! ¿No sabes lo que ha pasado allí en estos días?*, lo que equivale a decir: pero tú estás fuera del mundo?

Esto es curioso. Parece que Jesús adopta una especie de ironía socrática, es decir, aquel método utilizado por el filósofo Sócrates de fingirse ignorante para instar a su discípulo a que le explique su opinión, de modo que pudiera ver, por sí mismo, que carecía de fundamento.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



Jesús no hace preguntas al azar. Es su método, su pedagogía, solicitar a los discípulos con preguntas. En los evangelios hay al menos 220 preguntas de Jesús.

"Un dicho judío dice que al principio Dios creó el signo de interrogación y lo puso en el corazón del hombre" (E. Ronchi).

Al comienzo de la misión pública de Jesús, cuando los primeros discípulos habían empezado a seguirle, su primera gran pregunta había sido *¿Qué buscáis?* (Jn 1,38) y es una pregunta que Jesús también nos hace ahora a nosotros: *¿qué buscamos? ¿Qué nos mueve? ¿Cuál es mi deseo? ¿Mi meta?*

Porque éste es el resorte de todo, lo que impulsa mi vida.

Ahora, en el camino de Emaús, la pregunta es diferente. Jesús pregunta: *¿Qué es esta conversación que mantenéis?* Quiere escuchar su interpretación de los hechos, oír lo que entendieron de su vida y muerte en la cruz. Para que se cuestionen y se abran a una comprensión nueva, más amplia, de los acontecimientos.

"La forma del signo de interrogación recuerda a la de un anzuelo, que el Evangelio deja caer en nosotros para engancharnos, arrastrarnos hacia sí, "pescarnos", elevarnos al aire y a la conversión.

El gran escritor Rainer Maria Rilke, en sus Cartas a un joven poeta, exhorta a su interlocutor a "vivir bien las preguntas", a no correr inmediatamente de puerta en puerta, de libro en libro, de maestro en maestro en busca de respuestas. Ama las preguntas, déjalas trabajar en ti, como una gestación" (E. Ronchi).

"Cuando alguien tiene respuestas para todas las preguntas, demuestra que va por mal camino... Dios nos sobrepasa infinitamente, es siempre una sorpresa... Quien quiere todo claro y cierto pretende dominar la trascendencia de Dios...» (GE 41).

Jesús se acerca a los discípulos llevando un signo de interrogación como primera cosa.

Recordémoslo cuando parezca que tenemos la verdad en el bolsillo. Porque Jesús nos insta a hacer siempre preguntas, a cuestionar nuestras lecturas reductoras. Jesús, hombre y Dios, es un gran misterio que siempre nos sorprende.

"Jesús mismo es una pregunta. Su vida y su muerte nos interrogan sobre el sentido último de las cosas, nos interrogan sobre lo que hace feliz la vida. Y la respuesta sigue siendo Él" (E. Ronchi)

¿Cómo saldrán los discípulos de Emaús de esa desesperación?

Será lo impensado lo que les salve, una irrupción de asombro y de novedad en el seno de sus existencias encogidas, devueltas a la mera medida de la realidad de los hechos.

La irrupción de lo nuevo se produce en el corazón del trauma, de todos nuestros traumas. Interrumpe y relanza.

"Para el pesimismo, basta con la observación de los hechos; para el optimismo, hace falta creatividad" (F. Mernissi).

¿Y quién puede ser más creativo que Dios?

La resurrección siempre está ahí para decirnos que no puede haber pérdida, ni angustia, ni decepción tan abrumadora y ardiente que no pueda ser superada por la creatividad del amor.

"Es la noticia inesperada: hay una bendición escondida en nuestro sufrimiento.

De alguna manera se esconde un don en medio de nuestras lágrimas" (H. Nouwen).



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



Nuestro dolor a veces busca una guarida, lame sus heridas. Démosle tiempo para hacerlo, para llorar, pero permanezcamos a la escucha, permanezcamos abiertos: el Señor nos llama.

Venid, nos dice, venid y os haré descubrir la luz en la oscuridad de la pérdida, el infinito dentro de la tumba de vuestras esperanzas.

Hay un regalo en las lágrimas.

En la Eucaristía, ese inmenso don de Jesús, desandamos el camino de Emaús y nos encontramos con Él. Porque de esto nos habla la Eucaristía: de nuestra vida. Y no sólo nos habla a nosotros, sino que cuida de la vida herida y doliente. Renueva la vida, la celebra, la bendice.

"Venimos a la Eucaristía con el corazón roto por muchas pérdidas, las nuestras y también las del mundo". (H. Nouwen). En este camino lleno de baches volvemos a encontrarlo.

En la Eucaristía recitamos: Señor, ten piedad, una confesión general y comunitaria.

Para interpretar el sentido de este acto penitencial preliminar, me gusta referirme al gran poeta Dante.

Su Divina Comedia es una obra conocida en todo el mundo, una de las obras maestras más grandes del mundo. ¿Y cómo comienza? Con un hombre caminando por un bosque oscuro, sin saber adónde ir, sintiéndose perdido y con mucho miedo: "*En medio del viaje de nuestra vida / me encontré en un bosque oscuro / pues el camino recto se había perdido...*".

Dante da unos pasos para salir de aquella espantosa situación y aparecen ante él tres bestias feroces dispuestas a devorarlo: son la imagen del mal que hay dentro y fuera de él, en su persona y en la sociedad. Dante se paraliza, ya no puede continuar.

¿Y cuáles son las primeras palabras que pronuncia Dante, paralizado por el miedo? Miserere di me: ten piedad de mí.

Estas palabras son una petición de ayuda, no un sentimiento de culpa, mortificado ante un juez, sino que es pedir una mano a un amigo, decirle: sácame de aquí, mira dónde me he metido. Es disponerse a dejarse ayudar y a dejarse amar.

Señor misericordia significa entonces: ayúdame, no puedo hacerlo solo. Dame tu mano y sácame de mis bosques oscuros, de mis crisis. Renuévame, y conmigo renueva a todos estos otros que ahora están aquí en esta iglesia. Ayúdanos a todos juntos. Es "sentir a Dios como una persona viva que se comunica con nuestra persona viva" (Vannucci).

"Cristo vive. Él es nuestra esperanza y la juventud más hermosa de este mundo. Todo lo que Él toca se hace joven, se hace nuevo, se llena de vida.

Él está en ti, está contigo y nunca te abandona. Por muy lejos que te alejes, el Resucitado está a tu lado, llamándote y esperando a que empieces de nuevo.

Cuando te sientas viejo por tristezas, rencores, miedos, dudas o fracasos, Él estará allí para devolvértelo la fuerza y la esperanza" (Francisco, CV, 1-2).

